IRÉNE NÉMIROVSKY

EL BAILE

EL BAILE

Iréne Némirovsky



IRÉNE NÉMIROVSKY

EL BAILE

Traducción de Gema Moral Bartolomé



Irène Némirovsky

Irène Némirovsky nació en Kiev (Ucrania) en 1903. Desde pequeña fue educada en la lengua francesa de tal forma que se convirtió en su segunda lengua matern, pero durante su vida también fue aprendiendo ruso, polaco e inglés, entre otros idiomas. Después de huir de la revolución rusa, su familia se estableció en tierras francesas hacia 1919, gracias a lo cual Irène se licenció en Letras en La Sorbona.

En 1929, decidió enviar su primera novela *David Golder* a la editorial Grasset, pero debido al temor de rechazo no incluyó su nombre. Tiempo después se supo quién era la autora de obra tan audaz. En 1930, publicó la novela *El baile*, que narra la transición de una adolescente a la edad adulta. A partir de este año, Irene escribiría frecuentemente. Así, entre las novelas más destacadas figuran *Nieve en otoño* (1931), *Jezabel* (1936), *Los perros y los lobos* (1940); y también, las póstumas *Suite francesa* (2004) y *El ardor en la sangre* (2007).

No obstante, el destino le jugaría un mal desenlace, pues durante la Segunda Guerra Mundial fue deportada a Auschwitz, donde falleció en el campo de concentración a la edad de 39 años. En 2004, recibió el Premio Renaudot por su novela *Suite francesa*. Este reconocimiento es otorgado a autores fallecidos.

El baile
Iréne Némirovsky

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL BAILE

1

La señora Kampf entró en la sala de estudios y cerró la puerta con tal brusquedad que la araña de cristal tintineó, con un leve y puro sonido de cascabel, todos sus colgantes agitados por la corriente de aire. Pero Antoinette no dejó de leer, tan encorvada sobre el pupitre que sus cabellos tocaban las páginas. Su madre la contempló unos instantes sin hablar, antes de plantarse delante de ella con los brazos cruzados.

—Podrías hacer un esfuerzo al ver a tu madre —exclamó—. ¿No crees, hija mía? ¿O tienes el trasero pegado a la silla? Qué distinción... ¿Dónde está *miss* Betty?

En la habitación contigua, el ruido de una máquina de coser daba ritmo a una canción, un *What shall I do, what shall I do when you'll be gone away* cantado melancólicamente por una voz torpe y fresca.

—*Miss* —llamó la señora Kampf—, venga aquí.

—*Yes, Mrs. Kampf.*

La menuda inglesa, con las mejillas encendidas, los ojos estupefactos y dulces, un moño color miel en torno a su pequeña cabeza redonda, se deslizó por la puerta entreabierta.

—La he contratado —empezó severamente la señora Kampf— para vigilar e instruir a mi hija, ¿no es así? No para que se haga vestidos... ¿Es que Antoinette no sabe que debe ponerse en pie cuando entra mamá?

—*Oh! Ann-toinette, how can you?* —dijo la *miss* con una especiede gorjeo apagado.

Antoinette se había puesto de pie y se mantenía en torpe equilibrio sobre una pierna. Era una jovencita alta y plana de catorce años, con la palidez propia de esa edad, y la cara tan descarnada que parecía, a los ojos de las personas mayores, una mancha redonda y clara, sin rasgos, con los párpados bajos, ojerosos, la pequeña boca cerrada... Catorce años, senos que ya pujaban bajo el estrecho vestido de colegiala, incomodando al cuerpo endeble, aún infantil; pies grandes y dos largos caños rematados en manos rojas, de dedos manchados de tinta,

que un día tal vez se convertirían en los brazos más bellos del mundo; nuca frágil y cabellos cortos, sin color, secos y finos...

—Comprenderás, Antoinette, que hay para desesperarse con tus modales, pobre hija mía... Siéntate. Voy a volver a entrar y me harás el favor de levantarte inmediatamente, ¿entiendes?

La señora Kampf retrocedió unos pasos, salió y abrió la puerta por segunda vez. Antoinette se levantó con una lentitud desganada tan evidente que su madre apretó los labios con aire amenazador y preguntó:

—¿Le molesta a la señorita?

—No, mamá —dijo Antoinette en vozbaja.

—Entonces ¿por qué pones esa cara?

Antoinette sonrió con una especie de esfuerzo laxo y penoso que deformó sus rasgos dolorosamente. A veces odiaba tanto a las personas mayores que querría matarlas, desfigurarlas, o bien gritar: «Sí, me molestas», golpeando el suelo con el pie; pero temía a sus padres desde muy niña. En otro tiempo, cuando Antoinette era

más pequeña, su madre la sentaba a menudo sobre las rodillas, la apretaba contra su pecho, la acariciaba y abrazaba. Pero eso Antoinette lo había olvidado. En cambio, en lo más profundo de su ser conservaba el sonido, los estallidos de una voz irritada pasando por encima de su cabeza, «esta niña que está siempre encima de mí», «¡otra vez me has manchado el vestido con los zapatos sucios!, ¡al rincón!, ¡así aprenderás!, ¿me has oído?, pequeña imbécil!». Y un día... por primera vez, un día había deseado morir. Ocurrió en una esquina, en medio de una regañina; una frase encolerizada, gritada con tal fuerza que los viandantes habían vuelto la cabeza: «¿Quieres que te dé un guantazo? ¿Sí?», y la quemazón de una bofetada. En plena calle. Tenía once años y era alta para su edad. Para los viandantes, las personas mayores, eso no significaba nada. Pero en aquel instante unos chicos salían del colegio y se habían reído de ella al verla. «Y ahora qué, niña» ¡Oh!, aquellas risas burlonas que la habían perseguido mientras caminaba, la cabeza gacha, por la oscura calle otoñal. Las luces danzaban a través de sus lágrimas.

«¿Aún no has terminado de lloriquear? ¡Oh, qué carácter! Cuando te corrijo, es por tu bien, ¿es así o no?

¡Ah!, y además, te aconsejo que no empieces otra vez a ponerme nerviosa». Qué malas personas... Y ahora, encima, expresamente para atormentarla, para torturarla y humillarla, de la mañana a la noche se ensañaban con ella: «¿Qué manera es esa de coger el tenedor?» (delante del criado, Dios mío), o «Enderézate; al menos que no parezcas jorobada». Tenía catorce años, era una jovencita y, en sus sueños, una mujer amada y hermosa... Los hombres la acariciaban, la admiraban, como André Sperelli acaricia a Hélène y Marie, y Julien de *Suberceaux* a Maud de *Rouvre*, en los libros... El amor... Se estremeció. Su madre terminaba:

—... Y si crees que le pago a una inglesa para que tengas esos modales, estás muy equivocada, niña... —y bajando la voz, al tiempo que apartaba un mechón que cruzaba la frente de su hija, añadió— Siempre te olvidas que ahora somos ricos, Antoinette...

Luego se volvió hacia la inglesa y dijo:

—*Miss*, tengo muchos encargos para usted esta semana. Daré un baile el quince.

—Un baile —murmuró Antoinette abriendo los ojos como platos.

—Pues sí —confirmó la señora Kampf con una sonrisa—, un baile... —Miró a su hija con expresión de orgullo, luego señaló a la inglesa a hurtadillas frunciendo las cejas—. No le habrás comentado nada, supongo.

—No, mamá, no —se apresuró a decir Antoinette.

Conocía esa preocupación constante de su madre. Al principio —hacía dos años de eso—, cuando habían abandonado la vieja *rue Favart* tras el genial golpe en la Bolsa de Alfred Kampf, con la bajada del franco primero y la libra después en 1926, que los había hecho ricos, todas las mañanas a Antoinette la llamaban a la habitación de sus padres; su madre, todavía en la cama, se arreglaba las uñas; en el aseo contiguo, su padre, un judío menudo y enjuto de ojos ardientes, se afeitaba, se lavaba, se vestía con la exagerada rapidez de todos sus gestos, que en otro tiempo le había granjeado el apodo de *Feuer* entre sus camaradas, los judíos alemanes, en la Bolsa. Allí había estado estancado, en los grandes mercados, durante años... Antoinette sabía que anteriormente había sido empleado del Banco de París, y en un pasado aún más

lejano, botones en la puerta del banco, con librea azul. Un poco antes de nacer Antoinette, se había casado con su amante, la señorita Rosine, la dactilógrafa del dueño. Durante once años habían vivido en un pequeño apartamento oscuro, detrás de la Ópera Cómica. Antoinette recordaba que pasaba a limpio sus deberes por la noche, en la mesa del comedor, mientras la criada fregaba los platos con estrépito en la cocina y su madre leía novelas, acodada bajo la lámpara, una grande con un globo de vidrio esmerilado en el que brillaba el impetuoso chorro de gas. A veces emitía un hondo suspiro irritado, tan fuerte y brusco que Antoinette daba un respingo en la silla. Kampf preguntaba: «¿Qué te pasa ahora?», y Rosine respondía: «Me duele el corazón de pensar en toda esa gente que vive bien y es feliz, mientras que yo me paso los mejores años de mi vida en este sucio agujero, zurciéndote los calcetines...».

Kampf se encogía de hombros sin decir nada. Entonces, la mayoría de las veces, Rosine se volvía hacia Antoinette. «Y tú, ¿qué estás escuchando? ¿Te interesa lo que dicen los mayores?», exclamaba con humor. Luego concluía: «Sí, anda, hija mía, si esperas que tu padre haga fortuna como promete desde que nos casamos, ya puedes

esperar sentada, que va para largo. Te harás mayor y estarás aquí, como tu pobre madre, esperando...». Y cuando decía esa palabra, «esperando», por sus facciones duras, tensas, huruñas, cruzaba cierta expresión patética, profunda, que conmovía a Antoinette a su pesar y a menudo le hacía acercar instintivamente los labios a la mejilla materna.

«Pobrecita mía», decía entonces Rosine acariciándole la frente. Pero una vez exclamó: «¡Ah! Déjame tranquila, ¡eh!, me molestas; mira que llegas a ser pesada, tú también», y Antoinette nunca volvió a darle otros besos que no fueran los de la mañana y la noche, que padres e hijos intercambian sin pensar, como apretones de manos entre desconocidos.

Y después, un buen día se hicieron ricos de golpe, ella nunca había llegado a comprender muy bien cómo. Se habían ido a vivir a un gran piso blanco, y su madre había hecho que le tiñeran el cabello de un bonito dorado completamente nuevo. Antoinette lanzaba miradas asustadizas a aquella cabellera resplandeciente que no reconocía.

—Antoinette —ordenaba la señora Kampf—, repite conmigo. ¿Qué has de responder cuando te pregunten dónde vivíamos el año pasado?

—Eres una estúpida —decía el señor Kampf desde el cuarto de aseo—, ¿con quién quieres que hable la niña? No conoce a nadie.

—Yo sé lo que le digo —respondía su mujer alzando la voz—. ¿Y los criados?

—Si la veo diciéndoles a los criados una sola palabra, tendrá que vérselas conmigo. ¿Has comprendido, Antoinette? Ella ya sabe que tiene que callar y aprenderse sus lecciones, y ya está. No se le pide nada más... —dijo volviéndose hacia su mujer— No es imbécil, ¿sabes?

Pero en cuanto él se iba, la señora Kampf volvía a empezar:

—Si te preguntan alguna cosa, Antoinette, dirás que vivíamos en el Midi todo el año. No es necesario que especifiques si era Cannes o Niza, di solamente el Midi... a menos que te lo pregunten; entonces, es mejor que digas Cannes, es más distinguido... Pero naturalmente,

tu padre tiene razón, sobre todo debes callar. Una niña debe hablar lo menos posible con los mayores.

Y la echaba con un gesto de su hermoso brazo desnudo, que había engordado un poco, en el que brillaba el brazalete de diamantes, regalo reciente de su marido, que no se quitaba más que para bañarse. Antoinette recordaba todo eso vagamente, mientras su madre preguntaba a la inglesa:

—¿Tiene Antoinette la letra bonita, al menos?

—*Yes, Mrs. Kampf.*

—¿Por qué? —preguntó la aludida tímidamente.

—Porque podrás ayudarme esta noche a escribir los sobres —explicó su madre—. Tengo que enviar casi doscientas invitaciones, ¿comprendes? No lo conseguiré yo sola... *Miss* Betty, autorizo a Antoinette a acostarse hoy una hora más tarde de lo habitual... Estarás contenta, espero —añadió volviéndose hacia su hija.

Pero como Antoinette callaba, sumida de nuevo en sus ensoñaciones, la señora Kampf se encogió de hombros.

—Siempre está en la luna, esta niña —comentó a media voz—. Un baile, ¿no te sientes orgullosa, acaso, al pensar que tus padres van a ofrecer un baile? No tienes mucho empuje, me temo, pobre hija mía —concluyó con un suspiro, y se fue.

2

Aquella noche, Antoinette, a quien la inglesa llevaba a acostarse por lo común al dar las nueve, se quedó en el salón con sus padres. Entraba en él tan pocas veces que examinó con atención los artesonados blancos y los muebles dorados, como cuando visitaba una casa desconocida. Su madre le mostró un pequeño velador donde había tinta, plumas y un paquete de cartas y sobres.

—Siéntate aquí. Voy a dictarte las direcciones. ¿Viene usted, querido amigo? —dijo en voz alta a su marido, ya que el sirviente estaba quitando la mesa en la estancia contigua. Desde hacía varios meses, en su presencia los Kampf se trataban de «usted».

Cuando el señor Kampf se acercó, Rosine bisbiseó:

—Oye, despide al criado, ¿quieres? Me molesta... —Pero al sorprender la mirada de Antoinette, se sonrojó y ordenó enérgicamente— A ver, Georges, ¿va a acabar pronto? Arregle lo que falte y ya puede subir...

A continuación, los tres se quedaron en silencio, petrificados en sus asientos. Cuando el sirviente salió, la señora Kampf dejó escapar un suspiro.

—En fin, detesto a ese Georges, no sé por qué. Cuando sirve la mesa y lo noto a mi espalda, se me quita el apetito... ¿De qué te ríes como una tonta, Antoinette? Vamos, a trabajar. ¿Tienes la lista de invitados, Alfred?

—Sí —respondió Kampf—, pero espera que me quite la chaqueta, tengo calor.

—Sobre todo —dijo su mujer—, no se te ocurra dejarla aquí como la otra vez... Por la cara que ponían Georges y Lucie me di cuenta perfectamente de que les parecía extraño que estuvieras en mangas de camisa en el salón...

—Me importa un bledo la opinión de los sirvientes —refunfuñó Kampf.

—Cometes un error, amigo mío, son ellos los que crean una reputación yendo de una casa a otra y contándolo todo...

—Jamás me habría enterado de que la baronesa del tercer...

Bajó la voz y susurró unas palabras que Antoinette no llegó a oír, pese a sus esfuerzos.

—... de no ser por Lucie, que estuvo en su casa tres años.

Kampf sacó de su bolsillo una hoja de papel cubierta de nombres y tachaduras.

—Empezaremos por la gente a la que conozco, ¿no es eso, Rosine? Escribe, Antoinette. El señor y la señora Banyuls. No sé la dirección; tienes el anuario a mano, ya buscarás a medida que...

—Son muy ricos, ¿verdad? —murmuró Rosine con respeto.

—Mucho.

—¿Tú crees que querrán venir? No conozco a la señora Banyuls.

—Yo tampoco. Pero tengo trato con el marido por negocios, eso basta... Al parecer su mujer es encantadora, y además no la reciben mucho en su círculo, después de que se viera mezclada en aquel asunto... ya sabes, las famosas orgías del *Bois* de *Boulogne*, hace dos años.

—Alfred, por favor, la niña...

—Pero si ella no entiende nada. Escribe, Antoinette... A pesar de todo, es una mujer muy distinguida para empezar...

—No te olvides de los Ostier —dijo Rosine con viveza—; parece que organizan unas fiestas espléndidas...

—El señor y la señora Ostier d'Arrachon, con dos erres, Antoinette... De estos, querida, no respondo. Son muy estirados, muy... Antaño la mujer fue... —Hizo un gesto.

—¿De veras?

—Sí. Conozco a alguien que en otro tiempo la vio a menudo en una casa cercana a Marsella... Sí, sí, te lo aseguro... Pero hace mucho tiempo de eso, casi veinte

años; con el matrimonio se refinó completamente, recibe a gente muy distinguida, y para las relaciones es extremadamente exigente... Por regla general, al cabo de diez años, todas las mujeres que han corrido mucho acaban siendo así.

—Dios mío —suspiró la señora Kampf—, qué difícil es...

—Es preciso seguir un método, querida. Para la primera recepción, más y más gente, cuantas más caras mejor. Es solo en la segunda o la tercera cuando se empieza a escoger. Esta vez hay que invitar a diestro y siniestro.

—Pero si al menos estuviéramos seguros de que vendrán todos...

Si alguien rechaza la invitación, creo que me moriré de vergüenza.

Kampf rio silenciosamente con una mueca.

—Si alguien rechaza la invitación, le invitarás de nuevo la próxima vez, y de nuevo la siguiente... ¿Sabes lo que

te digo? En el fondo, para avanzar en el mundo no hay más que seguir al pie de la letra la moral del Evangelio.

—¿Sí?

—Si te dan una bofetada, pon la otra mejilla... El mundo es la mejor escuela de humildad cristiana.

—Me pregunto —dijo ella vagamente sorprendida— de dónde sacas todas esas tonterías, amigo mío.

Kampf sonrió.

—Vamos, vamos, continuemos... En este trozo de papel hay unas cuantas direcciones, Antoinette, solo tendrás que copiarlas.

La señora Kampf se inclinó sobre el hombro de su hija, que escribía sin levantar la frente:

—Es verdad que tiene una letra muy bonita, muy formada... Dime, Alfred, ¿el señor Julien Nassan no es el que estuvo en prisión por ese asunto de la estafa?

—¿Nassan? Sí.

—¡Ah! —murmuró Rosine con cierto asombro.

Kampf dijo:

—Pero ¿con qué me sales ahora? Ha sido rehabilitado, lo reciben en todas partes, es un muchacho encantador y sobre todo un hombre de negocios de primeracategoría...

—Señor Julien Nassan, avenida Hoche, número veintitrés bis —releyó Antoinette—. ¿Y después, papá?

—No hay más que veinticinco —gimió la señora Kampf—. Jamás vamos a encontrar doscientas personas, Alfred...

—Claro que sí; no empieces a ponerte nerviosa. ¿Dónde está tu lista? Todas las personas que el año pasado conociste en *Niza*, en *Deauville*, en *Chamonix*...

Su mujer cogió un cuaderno de notas que había sobre la mesa.

—El conde Moïssi, el señor, la señora y la señorita Lévy de *Brunelleschi* y el marqués de *Itcharra*: es el gigoló de la señoraLévy, siempre los invitan juntos...

—¿Hay un marido al menos? —preguntó Kampf con aire dubitativo.

—Por supuesto, son personas muy distinguidas. Hay otros marqueses, ¿sabes?, hay cinco... El marqués de *Liguès* y Hermosa, el marqués... Oye, Alfred, ¿se ha de usar el título cuando se habla con ellos? Creo que es mejor, ¿no? Nada de señor marqués como los criados, naturalmente, sino: querido marqués, mi querida condesa... Sin eso, los demás no se darían cuenta siquiera de que recibimos a gente con título.

—Si pudiéramos pegarles una etiqueta en la espalda... Eso te gustaría, ¿eh?

—¡Oh!, tú y tus bromas idiotas... Vamos, Antoinette, date prisa en copiarlo todo, niña.

Antoinette escribió un poco más y luego leyó en voz alta:

—El barón y la baronesa Levinstein-Lévy, el conde y la condesa *du Poirier*...

—Son Abraham y Rébecca Birnbaum, que han comprado el título. Es una idiotez, ¿no?, hacerse llamar

du Poirier... Pero si vamos a eso, yo... —Se sumió en una profunda ensoñación—. Conde y condesa Kampf, simplemente —murmuró—, no suena mal.

—Espera un poco —le aconsejó Kampf—. No antes de diez años...

Rosine se puso a escoger tarjetas de visita lanzadas en desorden a una copa de malaquita adornada con dragones chinos en bronce dorado.

—De todas maneras, me gustaría saber quiénes son estas personas —murmuró—. Recibí un montón de tarjetas por Año Nuevo... Hay un montón de gigolós que conocí en *Deauville*...

—Cuantos más mejor, para hacer bulto, y si van vestidos adecuadamente...

—Oh, querido, déjate de bromas, son todos condes, marqueses, vizcondes como mínimo. Pero no consigo juntar las caras con los nombres... todos se parecen. Aunque en el fondo da igual; ¿viste cómo lo hacían en casa de los Rothwan de *Fiesque*? Se dice a todo el mundo la misma frase exactamente: «Me alegro tanto...», y

luego, si te ves obligada a presentar a dos personas, se farfullan los nombres... nunca se entiende nada... Mira, Antoinette, hija mía, la tarea es bien sencilla, las direcciones están en las tarjetas.

—Pero, mamá —repuso Antoinette—, esta tarjeta es del tapicero.

—¿De qué estás hablando? Déjame ver. Sí, tiene razón; Dios mío, Dios mío, estoy perdiendo la cabeza, Alfred, te lo aseguro...

¿Cuántas tienes, Antoinette?

—Ciento setenta y dos, mamá.

—¡Ah! ¡Menos mal!

Los Kampf dejaron escapar un suspiro de satisfacción conjunto y se miraron sonriendo como dos actores que entran finalmente en escena tras una tercera llamada, con una expresión mezcla de lasitud dichosa y triunfo.

—No va nada mal, ¿eh?

Antoinette —preguntó con timidez:

—La... la señorita Isabelle Cossette, ¿no será «mi» señorita Isabelle?

—Pues sí, claro...

—¡Oh! —profirió Antoinette—. ¿Por qué la invitas a ella? —Y enrojeció con virulencia presintiendo el seco «¿y a ti qué te importa?» de su madre; pero la señora Kampf explicó, azorada:

—Es una buena mujer... Hay que ser amables con los demás.

—Es un mal bicho —protestó Antoinette.

La señorita Isabelle, una prima de los Kampf, profesora de música de varias familias de ricos corredores de Bolsa judíos, era una solterona flaca, envarada y tiesa como un paraguas; enseñaba piano y solfeo a Antoinette. Excesivamente miope, pero sin llevar jamás lentes pues se envanecía de sus ojos —bastante bonitos— y de sus espesas cejas, pegaba a las partituras su larga nariz carnosa, puntiaguda, azulada por los polvos de arroz,

y cuando Antoinette se equivocaba, la golpeaba en los dedos con una regla de ébano, plana y dura como ella misma. Era malévola y fisgona como una vieja beata.

La víspera de cada clase, Antoinette musitaba con fervor en su oración de la noche (al haberse convertido su padre al casarse, a Antoinette la habían educado en la fe católica): «Dios mío, haz que la señorita Isabelle se muera estanoche».

—La niña tiene razón —terció Kampf, sorprendido—; ¿cómo se te ocurre invitar a esa vieja loca? Si no la soportas...

La señora Kampf se encogió de hombros,impaciente:

—¡Ah!, no entiendes nada. ¿Cómo quieres que se entere la familia si no? A ver, dime, ¿ves desde aquí la cara de la tía Loridon que riñó conmigo porque me había casado con un judío, y la de Julie Lacombe y el tío Martial, todos los de la familia que nos hablaban con aquel tonillo protector porque eran más ricos que nosotros?, ¿te acuerdas? En fin, es muy simple, si no invitamos a Isabelle, si no estoy segura de que al día

siguiente se morirán todos de envidia, ¡lo mismo me da que haya baile como que no! Escribe, Antoinette.

—¿Se bailará en los dos salones?

—Naturalmente, y en la galería... Ya sabes que nuestra galería es preciosa, y alquilaré suficientes canastillos de flores; verás qué bonito se ve todo en la gran galería, con todas las mujeres vestidas de gala con sus hermosas joyas, y los hombres de frac... En casa de los Lévy de *Brunelleschi* el espectáculo fue mágico. Para bailar los tingos apagaron la luz eléctrica y solo dejaron encendidas dos grandes lámparas de alabastro en los rincones. Daban una luz rojiza...

—¡Oh! A mí eso no me gusta demasiado, suena a ambiente de local *dancing*.

—Es lo que se lleva ahora en todas partes, al parecer; a las mujeres les encanta dejarse toquetear con música... La cena, naturalmente, en mesas pequeñas.

—¿Un bar, quizá, para comenzar?

—Es una idea... Hay que animarlos desde que lleguen. Podríamos instalar el bar en la habitación de

Antoinette. Que duerma en el cuarto de la ropa blanca o en el trastero del final del pasillo, solo será por una noche...

—¿No podría quedarme al menos un cuartito de hora?

Un baile... Dios mío, Dios mío, ¿sería posible que hubiera, a dos pasos de ella, una cosa espléndida que ella imaginaba vagamente como una mezcla confusa de música frenética, perfumes embriagadores, trajes deslumbrantes y palabras de amor cuchicheadas en un gabinete apartado, oscuro y fresco como una alcoba... y que ella estuviera acostada, como todas las noches, a las nueve, como un bebé...? Quizá los hombres que supieran que los Kampf tenían una hija preguntarían por ella; y su madre respondería con una de sus odiosas risitas: «Oh, hace rato que duerme, claro...». Sin embargo, ¿qué podía importarle que también Antoinette tuviera su porción de dicha en este mundo? ¡Oh! Dios mío, bailar una vez, una sola vez, con un bonito vestido, como una auténtica joven, ceñida por brazos de hombre... Cerrando los ojos, insistió con una especie de audacia desesperada, como si se encañonara el pecho con un revólver cargado:

—Solo un cuartito de hora; di que sí, mamá.

—¿Qué? —exclamó la señora Kampf estupefacta—. Repítemelo...

—Tú te irás al baile que dan en el cuarto de la ropa blanca —dijo el padre.

La señora Kampf se encogió de hombros:

—Decididamente, creo que esta niña está loca.

De pronto, Antoinette gritó con el rostro demudado:

—¡Te lo suplico, mamá, te lo suplico! Tengo catorce años, mamá, ya no soy una niña... Sé que a los quince años se hace la presentación en sociedad; yo ya los aparento, y el año que viene...

Su madre estalló súbitamente.

—¡Pero bueno! —exclamó con la voz enronquecida por la cólera—. Asistir al baile esta chiquilla, esta mocosa, ¡habrase visto!... Espera y verás cómo hago que se te pasen todos esos delirios de grandeza, niña... ¡Ah!, y

encima crees que vas a presentarte «en sociedad» el año que viene. ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? Tienes que saber, niña, que apenas he empezado a vivir yo, ¿me oyes?, yo, y que no tengo intención de preocuparme tan pronto por una hija casadera... No sé por qué no te doy un buen tirón de orejas para quitarte esas ideas —añadió en el mismo tono, y adelantó el brazo como dispuesta a hacerlo.

Antoinette retrocedió y palideció aún más; su mirada perdida y desesperada despertó en su padre cierta piedad.

—Vamos, déjala —dijo, deteniendo la mano alzada de Rosine—. La niña está cansada y nerviosa, no sabe lo que dice... Vete a la cama, Antoinette.

Ella no se movió, pero su madre la empujó ligeramente por los hombros.

—Vamos, fuera, y sin replicar; pobre de ti si no te vas...

A la niña le temblaban brazos y piernas, pero se marchó despacio y sin derramar una lágrima.

—Un encanto de niña —bufó la señora Kampf cuando se fue—. Esto promete... Vale que a su edad yo era igual,

pero yo no soy como mi pobre madre, que nunca supo negarme nada... Yo la mataría, te lo aseguro.

—Se le pasará durmiendo; estaba cansada. Ya son las once y no tiene costumbre de acostarle tan tarde; será eso lo que la puso nerviosa... Sigamos con la lista, que es más interesante —dijo Kampf.

3

En medio de la noche, unos sollozos en la habitación contigua despertaron a *miss* Betty. Encendió la luz y escuchó un momento a través de la pared. Era la primera vez que oía llorar a la niña; cuando la señora Kampf la regañaba, por lo general Antoinette conseguía tragarse las lágrimas y no decíanada.

—*What's the matter with you, child? Are you ill?* —preguntó la inglesa.

Los sollozos cesaron de inmediato.

—Supongo que su madre la ha reñido, es por su bien, Antoinette... Mañana le pedirá perdón, se abrazarán y ya está; pero ahora hay que dormir. ¿Quiere una taza de tila caliente? ¿No? Al menos podría contestarme, querida —añadió al ver que Antoinette guardaba silencio—. ¡Oh!, *dear, dear,* está muy feo que una señorita se enfurruñe; apena a su ángel de la guarda...

Antoinette hizo una mueca, «sucia inglesa», y tendió hacia la pared sus débiles puños crispados. Sucios

egoístas, hipócritas, todos, todos... Les daba exactamente igual que ella se ahogara de tanto llorar en medio de la noche, que se sintiera miserable y sola como un perro extraviado...

Nadie la quería ni una sola alma en el mundo... Los muy ciegos e imbéciles no veían que ella era mil veces más inteligente, más refinada, más profunda que toda esa gente que osaba criarla y educarla. Nuevos ricos groseros e incultos... ¡Ah!, cómo se había reído de ellos durante toda la velada, y ellos no se habían dado cuenta, naturalmente. Podía llorar o reír delante de sus narices y ellos no se dignarían a mirarla. Claro, una niña de catorce años, una chiquilla, es algo despreciable y vil como un perro. Pero, ¿con qué derecho la enviaban a acostarse, la castigaban, la injuriaban? «¡Ah!, ojalá se murieran». Al otro lado de la pared se oía a la inglesa respirar suavemente mientras dormía. De nuevo Antoinette se echó a llorar, pero más quedo, saboreando las lágrimas que se le colaban por las comisuras de la boca; un extraño placer la invadió bruscamente: por primera vez en la vida lloraba así, sin muecas, ni hipos, silenciosamente, como una mujer... Más adelante derramaría las mismas lágrimas por amor... Durante un largo instante oyó los sollozos

batiendo en su pecho como el oleaje profundo y grave del mar, la boca bañada por lágrimas que sabían a agua salada... Encendió la lámpara y se miró en el espejo con curiosidad. Tenía los párpados hinchados, las mejillas enrojecidas, amoratadas, como una niña maltratada. Estaba fea, fea... Volvió a sollozar.

«Quiero morirme. Dios mío, haz que me muera... Dios mío, Virgen Santa, ¿por qué me han hecho nacer entre ellos? Castíguenlos, se lo suplico... Castíguenlos una vez para que yo pueda morir en paz».

Se interrumpió y de pronto dijo en voz alta:

—Pero sin duda todo es un cuento, el buen Dios, la Virgen, cuentos como los padres buenos de los libros y la infancia feliz...

¡Ah!, sí, la infancia feliz, ¡menuda mentira, eh, menuda mentira! Coléricamente, mordiéndose las manos con tanta fuerza que las notaba sangrar, repitió:

—Feliz... feliz... ¡Preferiría estar muerta y enterrada!

La esclavitud, la prisión, repetir día tras día los mismos gestos a las mismas horas... Levantarse, vestirse... los

vestidos oscuros, los gruesos botines, las medias de canalé, adrede, adrede ataviada como una criada, para que nadie en la calle siga con la mirada, siquiera un momento, a esta chiquilla insignificante... Imbéciles, jamás volverán a ver esta piel joven y estos párpados lisos, intactos, frescos y ojerosos, y estos bellos ojos asombrados, desvergonzados, que llaman, ignoran, esperan... Jamás, nunca jamás... Esperar... y estos deseos malignos... Por qué esta envidia vergonzosa, desesperada, que roe el corazón al ver pasar dos enamorados bajo el crepúsculo, que se abrazan al caminar y titubean dulcemente, como ebrios... ¿Un odio de solterona a los catorce años? Sin embargo, ella sabe que le llegará su momento; pero tarda demasiado, nunca llega... y mientras tanto, la vida estricta, humillada, las lecciones, la dura disciplina, la madre que grita...

«¡Esa mujer, esa mujer que ha osado amenazarme!», pensó, y dijo en voz alta:

—No se habría atrevido...

Pero recordaba la mano alzada.

«Si me hubiera tocado la habría arañado, la habría mordido, y luego... pues me habría escapado... para siempre... por la ventana», pensó febrilmente. Y se vio en la acera, tendida, ensangrentada... Sin baile a los quince... Dirían: «La niña no podía escoger otro día para matarse». Como había dicho su madre: «Quiero vivir yo, yo...». En el fondo, quizá eso le hacía más daño aún que todo lo demás. Antoinette nunca había visto en los ojos maternos aquella fría mirada de mujer, deenemiga...

«Sucios egoístas; soy yo la que quiere vivir, yo, yo; yo soy joven... Me están robando, me roban mi parte de felicidad en la tierra... ¡Oh! ¡Entrar en ese baile milagrosamente, y ser la más bella, la más deslumbrante, con los hombres a mispies!».

Susurró:

—¿La conocen? Es la señorita Kampf. La suya quizá no sea una belleza convencional, pero posee un extraordinario encanto, y es tan fina... Eclipsa a todas las demás, ¿no creen? En cuanto a su madre, parece una cocinera a su lado.

Apoyó la cabeza en la almohada húmeda de lágrimas y cerró los ojos; cierta molicie y relajada voluptuosidad distendió lentamente sus cansadas extremidades. Se tocó el cuerpo a través de la camisa de dormir, con dedos ligeros, suavemente, respetuosamente... Un buen cuerpo preparado para el amor...

—Quince años, oh Romeo, la edad de Julieta... —musitó.

Cuando tuviera quince años, el sabor del mundo habría cambiado...

4

Al día siguiente, la señora Kampf no dijo nada a Antoinette sobre la escena de la víspera; pero durante todo el desayuno se dedicó a hacerle notar su mal humor mediante una serie de reprimendas breves, en las que era maestra cuando estaba enfadada.

—¿En qué sueñas con ese labio colgando? Cierra la boca y respira por la nariz. Qué agradable para unos padres, una hija que está siempre en las nubes... Ten más cuidado, ¿qué manera de comer es esa? Apuesto a que has manchado el mantel... ¿A tu edad y no sabes comer como es debido? Y no muevas las ventanas de la nariz, por favor, niña... Tienes que aprender a escuchar las observaciones sin poner esa cara... ¿No te dignas contestar? ¿Te has tragado la lengua? Vaya, y ahora lágrimas.

Se levantó y arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Mira, prefiero irme antes que ver esa cara delante de mí, pequeña boba.

Salió dando un brusco empujón a la puerta; Antoinette y la inglesa se quedaron solas frente al plato de comida revuelta.

—Acabe el postre, señorita —susurró la *miss*—, o llegará tarde a su clase de alemán.

Con mano temblorosa, la muchacha se llevó a la boca un gajo de la naranja que acababa de pelar. Se esforzó en comer lentamente, con serenidad, para que el criado, inmóvil detrás de su silla, la creyera indiferente a aquellos chillidos y despreciara a «aquella mujer»; pero, a su pesar, las lágrimas se escaparon de sus párpados hinchados y rodaron redondas y brillantes hacia su vestido.

Un poco más tarde, la señora Kampf entró en la sala de estudio; llevaba en la mano el paquete de invitaciones preparadas.

—¿Vas a clase de piano después de la merienda, Antoinette?

Entrégale su sobre a Isabelle, y eche usted el resto al correo, *miss*.

—*Yes, Mrs. Kampf.*

La estafeta de correos estaba llena de gente; *miss* Betty miró la hora:

—Oh... no tenemos tiempo, es tarde ya, pasaré por correos mientras esté en clase, querida —dijo, desviando los ojos y con las mejillas más arreboladas aún que de costumbre—: A usted le... le da lo mismo, ¿verdad, querida?

—Sí —murmuró Antoinette.

No dijo nada más, pero cuando *miss* Betty la dejó delante de la casa de la señorita Isabelle, recomendándole que se apresurara, aguardó un instante escondida en el hueco de la puerta cochera y vio a la inglesa dirigirse rápidamente hacia un taxi en la esquina. El coche pasó muy cerca de la niña, que se puso de puntillas para atisbar dentro con curiosidad y temor, pero no distinguió nada. Permaneció inmóvil un momento más, siguiendo con la vista el taxi que se alejaba.

«Ya suponía yo que tenía un enamorado. Sin duda ahora se están abrazando como hacen en los libros... ¿Él

le dice *Te amo*? ¿Y ella? ¿Es... su amante?», pensó con vergüenza y repugnancia, mezcladas con una oscura ansiedad: «Libre, sola con un hombre... qué feliz se sentirá... Irán al *Bois*, sin duda. Ojalá mamá los pillara...

¡Ah, cuánto me gustaría! —se dijo apretando los puños—. Pero no, los enamorados suelen tener suerte, son felices, están juntos, se abrazan... El mundo está lleno de hombres y mujeres que se aman... ¿Por qué yo no?».

Su cartera de colegiala se balanceaba colgando de sus manos. La miró con odio, después suspiró, giró lentamente sobre los talones y atravesó el patio. Llegaba tarde. La señorita Isabelle diría: «¿Es que no te enseñan que la puntualidad es el primer deber de una niña bien educada para con sus profesores, Antoinette?».

«Es tonta, vieja y fea...», pensó con exasperación. Arriba, hilvanó:

—Buenos días, señorita. Mamá me ha entretenido, no es culpa mía, y me ha dicho que le entregue esto... —Al tender el sobre, añadió con repentina inspiración— Y le pide que me deje marchar cinco minutos antes que de costumbre...

Así quizá vería regresar acompañada a la *miss*.

Pero la señorita Isabelle no la escuchaba. Leía la invitación de la señora Kampf.

Antoinette vio que sus largas mejillas morenas y enjutas enrojecían de pronto.

—¿Cómo? ¿Un baile? ¿Tu madre ofrece un baile?

Hizo girar la tarjeta entre los dedos un par de veces y luego se la pasó por el dorso de la mano. ¿Estaba grabada o meramente impresa? Eran por lo menos cuarenta francos de diferencia... Reconoció el grabado al tacto y se encogió de hombros con regocijo. Esos Kampf habían sido siempre de una vanidad y una prodigalidad exageradas. Antaño, cuando Rosine trabajaba en el Banco de París (y no hacía tanto tiempo de eso, ¡Dios mío!) se gastaba la mensualidad entera en ropa. Llevaba ropa interior de seda y guantes nuevos cada semana. Sin duda iba a las casas de citas, pues solo esa clase de mujeres tenían suerte... Las demás...

—Tu madre siempre ha tenido suerte —murmuró con amargura.

«Está rabiosa», se dijo Antoinette, y con una leve mueca maliciosa preguntó:

—Pero asistirá usted seguramente, ¿no?

—Te diré que haré lo imposible porque tengo muchas ganas de ver a tu madre —respondió la señorita Isabelle—, pero aún no sé si podré... Unos amigos, padres de una alumna mía, los Gros (Aristide Gros, el antiguo jefe de gabinete, seguramente tu padre habrá oído hablar de él, los conozco desde hace años), me han invitado al teatro, y me he comprometido formalmente a ir con ellos, ¿comprendes?... En fin, procuraré solucionarlo —añadió con vaguedad—, pero en todo caso dile a tu madre que me complacería, me encantaría pasar un rato con ella...

—Bien, señorita.

—Ahora a trabajar, vamos, siéntate...

Antoinette hizo girar lentamente el taburete de felpa delante del piano. Habría podido dibujar de memoria las manchas, los agujeros en la tela... Inició las escalas. Dirigió la mirada con taciturna aplicación hacia un

jarrón amarillo que había sobre la chimenea, negro de polvo por dentro. Nunca una flor... Y aquellas horribles cajitas de conchas en los estantes... Qué feo era, qué miserable y siniestro, aquel pequeño piso oscuro al que la llevaban desde hacía años.

Mientras la señorita Isabelle colocaba las partituras, ella volvió furtivamente la cabeza hacia la ventana. (Debía de hacer un tiempo espléndido en el *Bois*, bajo el crepúsculo, con aquellos árboles desnudos y delicados por el invierno, y el cielo blanco como una perla...) Tres veces por semana, todas las semanas, desde hacía seis años... ¿Seguiría así hasta que muriese?

—Antoinette, Antoinette, ¿cómo pones las manos? Vuelve a empezar, por favor... ¿Habrá mucha gente en el baile?

—Creo que mamá ha invitado a doscientas personas.

—¡Ah! ¿Espera tener suficiente sitio? ¿No teme que haga demasiado calor, que estén demasiado estrechos? Toca más fuerte, Antoinette, con brío; tienes la mano izquierda flácida, niña... Esta escala para el próximo día, y el ejercicio dieciocho del tercer libro de Czerny.

Las escalas, los ejercicios, durante meses y meses: *La muerte de Ase*, las *Canciones sin palabras* de Mendelssohn, la barcarola de *Los cuentos de Hoffmann*... Y bajo sus dedos rígidos de colegiala, todo eso se fundía en una especie de clamor informe yruidoso.

La señorita Isabelle marcaba fuertemente el compás con un cuaderno de notas enrollado en la mano.

—¿Por qué apoyas así los dedos sobre las teclas? *Staccato, stacatto...* ¿Crees que no veo cómo pones el anular y el meñique? ¿Doscientas personas, dices? ¿Los conoces a todos?

—No.

—¿Tu madre va a ponerse su nuevo vestido rosa de Premet?

—…

—¿Y tú? Asistirás, supongo. ¡Ya tienes edad!

—No lo sé —musitó Antoinette con un doloroso temblor.

—Más deprisa, más deprisa... Este movimiento se ha de tocar así. Uno, dos, uno, dos, uno, dos... Vamos, ¿te duermes, Antoinette? La *suite*, niña…

La *suite*... ese pasaje erizado de sostenidos con que uno tropieza a cada momento. En el apartamento vecino llora un niño pequeño... La señorita Isabelle ha encendido la lámpara... Fuera, el cielo se ha oscurecido, desdibujado... El reloj toca cuatro veces... Otra hora perdida, hundida, que se ha escurrido entre los dedos como el agua y no volverá... «Me gustaría irme muy lejos o morir...».

—¿Estás cansada, Antoinette? ¿Ya? A tu edad yo tocaba seis horas al día... Espera un poco, no corras tanto, qué prisa tienes... ¿A qué hora debo ir el día quince?

—Está escrito en la tarjeta. A las diez.

—Muy bien. Pero a ti te veré antes.

—Sí, señorita...

Fuera, la calle estaba vacía. Antoinette se pegó a la pared y esperó. Al cabo de un momento reconoció los pasos de *miss* Betty, que se acercaba presurosa del brazo

de un hombre. Antoinette se lanzó hacia ellos y tropezó con las piernas de la pareja. *Miss* Betty soltó un gritito.

—Oh, *miss*, hace un cuarto de hora que la estoy esperando...

El rostro de la *miss* apareció tan desencajado ante los ojos de Antoinette que esta vaciló en reconocerlo. Pero no vio la pequeña boca lastimosa, abierta, herida como una flor forzada; miraba ávidamente al hombre.

Era un hombre muy joven. Un estudiante. Un colegial quizá, con el labio inflamado por los primeros cortes de navaja y unos bonitos ojos descarados. Estaba fumando. Mientras la *miss* balbuceaba unas excusas, él dijo tranquilamente en voz alta:

—Preséntame, prima.

—Mi primo, Antoinette —resopló *miss* Betty.

Antoinette le tendió la mano. El muchacho rió un poco, calló; luego pareció reflexionar y finalmente propuso:

—Las acompaño, ¿no?

Los tres bajaron en silencio por la pequeña calle oscura y vacía. El viento soplaba sobre la figura de Antoinette con un aire frío, húmedo de lluvia, como empañado de lágrimas. Aminoró el paso, miró a los enamorados que caminaban delante de ella sin decir nada, apretados el uno contra el otro. Qué presurosos iban... Antoinette se detuvo. Ellos no volvieron siquiera la cabeza. «Si me atropellara un coche, ¿lo oirían al menos?», pensó con repentina amargura. Un hombre que pasaba se topó con ella. Antoinette dio un respingo asustada, pero no era más que el farolero; observó cómo iba tocando una a una las farolas con su larga pértiga y estas se encendían súbitamente en medio de la noche. Todas aquellas luces que parpadeaban y vacilaban como velas al viento... De pronto tuvo miedo y echó a correr a toda prisa.

Alcanzó a los enamorados delante del puente de Alejandro III. Se hablaban muy deprisa, muy quedo, juntas las caras. Al divisar a Antoinette, el muchacho hizo un gesto de impaciencia. *Miss* Betty se turbó brevemente; después, impulsada por una repentina inspiración, abrió su bolso y sacó el paquete de sobres.

—Tenga, querida, aquí están las invitaciones de su madre, que aún no he echado al correo... Vaya corriendo a ese pequeño estanco, allí, en aquella calle a la izquierda. ¿Ve la luz? Échelas en el buzón. Nosotros la esperamos aquí.

Depositó el paquete en manos de Antoinette y a continuación se alejó precipitadamente. En medio del puente, Antoinette la vio detenerse una vez más, esperar al muchacho con la cabeza gacha. Se apoyaron en el parapeto.

Antoinette no se había movido. A causa de la oscuridad solo veía dos sombras borrosas, y alrededor el Sena negro y lleno de reflejos. Incluso cuando se besaron, adivinó más que vio la flexión, una especie de blanda caída de un rostro contra el otro, pero se retorció las manos como una mujer celosa. Con el movimiento que hizo, un sobre escapó y cayó al suelo. Tuvo miedo y se apresuró a recogerlo, y en el mismo instante se avergonzó de ese miedo. ¿Qué, siempre temblando como una niña? No era digna de ser una mujer. ¿Y esos dos que seguían besándose? No habían separado los labios... La embargó una especie de vértigo, una necesidad salvaje de desafío

y de hacer daño. Con los dientes apretados, agarró los sobres y los estrujó, los rompió y los lanzó todos juntos al Sena. Con el corazón ensanchado, los contempló flotar contra el arco del puente. Luego, el viento acabó por llevárselos río abajo.

5

Antoinette volvía de pasear con la *miss*; eran cerca de las seis. Como nadie respondió al timbre, *miss* Betty llamó con los nudillos. Al otro lado de la puerta se oía ruido de muebles arrastrados.

—Deben de estar preparando el guardarropa —dijo la inglesa—. El baile es esta noche; a mí se me olvida siempre, ¿y a usted, querida?

Sonrió a Antoinette con un aire de complicidad tímido y afectuoso, pese a que no había vuelto a verse con su joven amante en presencia de la niña; pero desde aquel encuentro Antoinette se mostraba tan taciturna que inquietaba a la *miss* con su silencio y sus miradas.

El criado abrió la puerta.

Inmediatamente la señora Kampf, que supervisaba al electricista en el comedor, se abalanzó sobre ellas:

—No podían entrar por la escalera de servicio, ¿verdad? —les recriminó con tono airado—. Ya ven que

se están poniendo los guardarropas en la antecámara. Ahora está todo por hacer, no vamos a acabar jamás —añadió mientras cogía una mesa para ayudar al portero y a Georges en el arreglo de la estancia.

En el comedor y la larga galería contigua, seis camareros de chaqueta blanca disponían las mesas para la cena. En medio estaba el aparador preparado y adornado con flores vistosas.

Antoinette quiso entrar en su habitación, pero su madre volvió a la carga:

—Por ahí no, no entres ahí... En tu habitación está el bar, y la suya también está ocupada, *miss*; dormirá en el cuarto de la ropa blanca esta noche, y tú, Antoinette, en el trastero del fondo. Allí podrás dormir sin siquiera oír la música... ¿Qué hace usted? —dijo al electricista, que trabajaba sin prisas y canturreando—. Ya se ve que la bombilla no funciona.

—Eh, se necesita tiempo, señora mía...

Rosine se encogió de hombros con irritación:

—Tiempo, tiempo; ya hace una hora que está con eso —refunfuñó a media voz, mientras se estrujaba las manos con un gesto tan idéntico al de Antoinette encolerizada que la muchacha, inmóvil en el umbral, se sobresaltó como cuando te encuentras repentinamente ante un espejo.

La señora Kampf llevaba una bata y los pies desnudos embutidos en babuchas; sus despeinados cabellos se retorcían como serpientes en torno a su rostro encendido. Vio al florista que, con los brazos llenos de rosas, se esforzaba en pasar por delante de Antoinette, que a su vez se pegaba a la pared.

—Perdón, señorita.

—Vamos, muévete, vamos —la urgió la madre con tal aspereza que, al retroceder, Antoinette chocó contra el brazo del hombre y deshojó una rosa—. ¡Mira que eres insoportable! —exclamó la anfitriona, haciendo tintinear la cristalería que había en la mesa—.

¿Qué haces aquí, tropezando con la gente y estorbando a todo el mundo? Vete, ve a tu habitación, no, a tu habitación no, al cuarto de la ropa blanca, donde quieras; ¡pero que no se te vea ni se te oiga!

Tras marcharse Antoinette, la señora Kampf cruzó deprisa el comedor y la antecocina, atestada de cubos para enfriar el champán llenos de hielo, y llegó al despacho de su marido. Este hablaba por teléfono. Ella esperó a duras penas a que colgara y rápidamente exclamó:

—Pero ¿qué haces, no te has afeitado?

—¿A las seis? ¡Estás loca!

—Para empezar, son las seis y media, y después puede que se requiera hacer alguna compra en el último minuto; más vale ser prevenido.

—Estás loca —repitió él con impaciencia—. Tenemos a los criados para hacer las compras.

—Me encanta cuando empiezas a dártelas de aristócrata y de señor —repuso ella encogiéndose de hombros— «Tenemos a los criados»; guárdate esos aires para los invitados.

—No empieces a ponerte nerviosa, ¡eh! —rezongó él.

—¡Pero cómo quieres —exclamó Rosine con la voz ahogada por el llanto—, cómo quieres que no me

ponga nerviosa! ¡Todo va mal! ¡Esos inútiles de criados no acabarán nunca! Tengo que estar en todas partes y vigilarlo todo, y hace tres noches que no duermo; ¡ya no puedo más, siento que me estoy volviendo loca!

Cogió un pequeño cenicero de plata y lo arrojó al suelo, y este repentino acceso de violencia pareció calmarla. Sonrió un poco avergonzada.

—No es culpa mía, Alfred...

Kampf sacudió la cabeza sin responder. Al ver que ella se iba, la llamó:

—Oye, quería preguntarte una cosa. ¿No has recibido nada, ni una sola respuesta de los invitados?

—No. ¿Por qué?

—No sé, me parece extraño... Y parece hecho a propósito; quería preguntar a Barthélemy si había recibido la invitación, y resulta que hace una semana que no lo veo por la Bolsa. ¿Y si le telefoneara?

—¿Ahora? Sería una idiotez.

—Pero no deja de resultarme extraño —insistió Kampf.

Su mujer lo interrumpió.

—¡Mira, lo que pasa es que no se responde, eso es todo! O se asiste o no se asiste... ¿Y quieres que te diga una cosa? Incluso me complace. Significa que nadie ha pensado por adelantado en faltar al compromiso... Al menos se habrían excusado, ¿no crees?

Como su marido no respondía, preguntó con impaciencia:

—¿No crees, Alfred? ¿Tengo razón? ¿Eh? ¿Qué me dices? Kampf abrió los brazos.

—Yo qué sé... ¿Qué quieres que te diga? Sé tanto como tú.

Cruzaron la mirada un momento y Rosine suspiró y bajó la cabeza.

—¡Oh! Dios mío, estamos como perdidos,¿verdad?

—Ya se nos pasará —dijo Kampf.

—Lo sé, pero mientras... ¡Oh, si supieras el miedo que tengo!

Ojalá ya hubiera acabado todo...

—No te pongas nerviosa —repitió él blandamente, girando el abrecartas entre las manos con aire ausente. Y recomendó—. Sobre todo, habla lo menos posible... solo frases hechas... «Encantada de verles... Tomen alguna cosa... Hace calor, hace frío...».

—Lo más terrible serán las presentaciones —dijo Rosine con preocupación—. Imagínate, toda esa gente a la que he visto una vez en mi vida, a la que apenas reconozco por la cara... y que no se conoce entre sí, que no tiene nada en común...

—Dios mío, pues farfulla alguna cosa. Al fin y al cabo, todo el mundo está como nosotros, todo el mundo tuvo que empezar un día.

—¿Te acuerdas de nuestro pequeño apartamento de la *rue Favart*? —preguntó Rosine de repente—. ¿Y cómo

vacilamos antes de reemplazar aquel viejo diván del comedor que estaba destrozado? Hace cuatro años de eso, y mira... —añadió, señalando los pesados muebles de bronce que los rodeaban.

—¿Quieres decir que de aquí a cuatro años recibiremos a embajadores, y entonces nos acordaremos de cómo temblábamos esta noche porque venían un centenar de rufianes y viejas grullas? ¿Eh?

Ella le tapó la boca con la mano riéndose.

—¡Vamos, calla ya!

Al salir, Rosine tropezó con el jefe de comedor, que iba a avisarla con respecto a los bodegueros: no habían llegado con el champán y el barman creía que no habría bastante ginebra para los cócteles.

Rosine se agarró la cabeza con ambas manos.

—Pero bueno, lo que nos faltaba —empezó a clamar—. ¿Y esto no podía habérmelo dicho antes? ¿Dónde quiere que encuentre ginebra a estas horas? Todo está cerrado y los bodegueros...

—Envía al chófer, querida —aconsejó Kampf.

—El chófer se ha ido a cenar —dijo Georges.

—¡Naturalmente! —exclamó Rosine fuera de sí—. ¡Naturalmente! A él le da todo igual... —Se dominó—. Le da igual que lo necesitemos o no, el señor se va, ¡el señor se va a cenar! Otro al que voy a despedir mañana a primera hora —añadió dirigiéndose a Georges con tal furia que el criado apretó sus finos labios.

—Si la señora lo dice por mí... —empezó.

—No, no, lo he dicho sin pensar; ya ve usted lo nerviosa que estoy —repuso ella encogiéndose de hombros—. Coja un taxi y vaya enseguida a *chez* Nicolás... Dale dinero, Alfred.

Rosine se dirigió a su habitación precipitadamente, enderezando las flores al pasar y regañando a los criados:

—Este plato de pastas está mal colocado. Levanten la cola del faisán un poco más. Los emparedados de caviar frío, ¿dónde están? No los pongan demasiado a la vista o todo el mundo se abalanzará sobre ellos. ¿Y las barquillas de *foie gras*? ¡Apuesto a que se han olvidado de

las barquillas de *foie gras*! ¡Si yo no estuviera pendiente de todo!...

—Pero se están desempaquetando, señora —dijo el jefe de comedor, y la miró con ironía mal disimulada.

«Debo de parecer ridícula», pensó ella de pronto, al ver en el espejo su cara purpúrea, los ojos extraviados, los labios temblorosos.

Sin embargo, como una niña demasiado cansada, no podía calmarse por más que lo intente; estaba extenuada y al borde de las lágrimas.

Fue a su habitación.

La doncella colocó sobre la cama el vestido de baile, en lamé plata y adornado con tupidos flecos de cuentas, unos zapatos que brillaban como joyas y medias de muselina.

—¿La señora cenará ahora? Se le servirá aquí para no estropear las mesas, claro...

—No tengo hambre —replicó Rosine iracunda.

—Como quiera la señora; pero, ¿puedo ir yo a cenar ahora? —dijo Lucie y apretó los labios, pues la señora Kampf le había hecho recoser durante cuatro horas las cuentas del vestido que se soltaban a lo largo de los flecos—. Quisiera señalarle a la señora que son cerca de las ocho y que las personas no son animales.

—¡Pues vaya, hija, vaya! ¿La retengo yo acaso? —exclamó la otra.

Cuando se quedó sola, se echó en el canapé y cerró los ojos; pero la habitación estaba helada, como una cueva: se habían apagado los radiadores de todo el piso por la mañana. Se levantó y se acercó al tocador.

«Estoy horrorosa...».

Empezó a maquillarse la cara minuciosamente; primero, una espesa capa de crema que extendió masajeando con las manos, después el colorete líquido en las mejillas, el negro en las cejas, la fina línea que alargaba los párpados hacia las sienes, los polvos... Se maquillaba con extrema lentitud y de vez en cuando se detenía, cogía el espejo y sus ojos devoraban su imagen con una atención apasionada, ansiosa, lanzándose

miradas duras, desafiantes y astutas. De pronto atrapó entre dos dedos una cana sobre la sien; la arrancó con una mueca grotesca. ¡Ah!, ¡la vida estaba mal hecha! Antes, su cara con veinte años, sus mejillas sonrosadas, pero también las medias zurcidas y la ropa interior remendada... Ahora las joyas, los vestidos, pero también las primeras arrugas... Todo eso iba junto... Cómo había que apresurarse en vivir, Dios mío, en agradar a los hombres, en amar... El dinero, los vestidos y los coches bonitos, ¿de qué servía todo eso sin un hombre en tu vida, un pretendiente, un joven amante? Cuánto había esperado ella ese amante. Había escuchado y seguido a hombres que le hablaban de amor cuando aún era una muchacha pobre, porque iban bien vestidos y tenían hermosas manos cuidadas... Menudos patanes, todos. Pero ella no había dejado de esperar. Y ahora tenía su última oportunidad, los últimos años antes de la vejez, la auténtica, sin remedio, la irreparable... Cerró los ojos e imaginó unos labios jóvenes, una mirada ávida y tierna, cargada de deseo...

A toda prisa, como si acudiera a una cita amorosa, arrojó a un lado la bata y empezó a vestirse: se puso las medias, los zapatos y el vestido, con esa habilidad especial

de aquellas que se las han arreglado sin doncella toda su vida. Las joyas... Tenía un cofre lleno. Kampf decía que eran la inversión más segura. Se puso el gran collar de perlas de dos vueltas, todos sus anillos, brazaletes de diamantes que le envolvían los brazos desde la muñeca hasta el codo; después fijó al cuerpo del vestido un gran dije adornado con zafiros, rubíes y esmeraldas. Brillaba, centelleaba como un relicario. Retrocedió unos pasos, se miró con una sonrisa feliz... ¡La vida comenzaba al fin!... ¿Quién sabe si esa misma noche?

6

Antoinette y la *miss* terminaron de cenar sobre una tabla de planchar tendida sobre dos sillas en el cuarto de la ropa blanca. Al otro lado de la puerta se oía a los criados correr de un lado para otro en la antecocina y ruido devajilla.

—Tenemos que acostarnos ya, querida... No oirá la música desde el cuarto; dormirá bien.

Como Antoinette no respondió, dio unas palmadas riendo.

—Vamos, despierte, Antoinette, ¿qué le pasa?

La llevó a un pequeño trastero, mal iluminado y amueblado precipitadamente con una cama de hierro y dos sillas.

Delante, al otro lado del patio de luces, se divisaban las ventanas brillantes del salón y el comedor.

—Podrá ver bailar a la gente desde aquí; no hay postigos —bromeó la inglesa.

Cuando se fue, Antoinette pegó la frente a los cristales con temor y avidez; la claridad dorada y ardiente de las ventanas iluminaba un gran trozo de pared. Unas sombras pasaban presurosas al otro lado de las cortinas de tul. Los criados. Alguien entreabrió el ventanal; Antoinette percibió claramente el sonido de los instrumentos que afinaban al fondo del salón. Los músicos ya estaban allí. Dios mío, eran más de las nueve... Durante toda la semana, Antoinette había esperado confusamente una catástrofe que engulliría al mundo a tiempo de que no se descubriera nada; pero la noche discurría como todas las noches. En un piso vecino, un reloj dio la media. Media hora más, tres cuartos de hora y después... Nada, no pasaría nada, puesto que, cuando ellas habían vuelto del paseo aquel día, su madre había preguntado, abalanzándose sobre la *miss* con aquella impetuosidad que hacía perder la cabeza a las personas nerviosas: «Bien, ha echado las invitaciones al correo; no ha perdido nada, no ha extraviado nada, ¿está segura?», y la *miss* había contestado: «Sí, señora Kampf». Desde luego, la responsable era ella y solo ella... Y si la despedían, peor para ella, le estaría bien empleado.

—Me importa un bledo, me importa un bledo —balbuceó, y se mordió coléricamente una mano, que sangró bajo los dientes jóvenes—. Y mamá puede hacerme lo que quiera, no tengo miedo, ¡me importa un bledo!

Miró el patio oscuro y profundo bajo la ventana.

—Me mataré, y antes de morir diré que es por su culpa, ya está —murmuró—. No tengo miedo a nada, me he vengado por adelantado...

Volvió a acechar por la ventana; el cristal se empañó bajo sus labios; lo frotó con fuerza, y de nuevo pegó la cara. Al final, inquieta, abrió los dos batientes de par en par. La noche era pura y fría. Ahora veía claramente, con sus penetrantes ojos de catorce años, las sillas dispuestas a lo largo de la pared, los músicos alrededor del piano. Permaneció inmóvil tanto rato que ya no se notaba las mejillas ni los desnudos brazos. En cierto momento llegó a sufrir la alucinación de que no había ocurrido nada, que había visto en sueños aquel puente, las negras aguas del Sena, las tarjetas de invitación rasgadas esparciéndose al viento, y que los invitados iban a entrar milagrosamente, dando comienzo a la fiesta. Oyó dar

los tres cuartos, y luego las diez... Las diez... Entonces se estremeció y se deslizó fuera del cuarto. Se dirigió al salón, como un asesino novato atraído hacia el lugar del crimen. Atravesó el pasillo, donde dos camareros bebían champán directamente de las botellas. Llegó al comedor. Estaba desierto, con todo preparado, con la gran mesa dispuesta en el centro, rebosante de carnes de caza, de pescados en gelatina, de ostras en fuentes de plata, adornada con encajes de Venecia, con las flores que enlazaban los platos, y la fruta en dos pirámides iguales. Alrededor, los veladores con cuatro o seis cubiertos donde brillaba el cristal, la porcelana fina, la plata y la plata corlada. Más adelante, Antoinette jamás llegó a comprender cómo se había atrevido a cruzar así, en toda su longitud, aquella gran habitación de luces rutilantes. En la puerta del salón vaciló un instante y luego divisó el gran canapé de seda en el gabinete contiguo; se tiró al suelo de rodillas, se deslizó entre la parte posterior del mueble y las colgaduras con vuelo; había el espacio justo para permanecer allí apretando brazos y piernas contra el cuerpo, y si asomaba la cabeza veía el salón como un escenario de teatro. Temblaba levemente, helada aún por la larga exposición delante de la ventana abierta. Ahora el piso parecía dormido, tranquilo, silencioso. Los

músicos hablaban en voz baja. Antoinette veía al negro de dientes brillantes, a una dama con vestido de seda, unos platillos como de bombo de feria, un violonchelo enorme de pie en un rincón. El negro suspiró mientras rasgueaba con la uña una especie de guitarra que zumbó y gimió sordamente.

—Cada vez se empieza y se acaba más tarde.

La pianista dijo unas palabras que Antoinette no oyó y que hicieron reír a los otros. El señor y la señora Kampf irrumpieron de pronto.

Cuando Antoinette los vio, hizo un movimiento como queriendo hundirse en el suelo; se aplastó contra la pared, la boca en el hueco que formaba el codo doblado. Oyó acercarse sus pasos, cada vez más. Kampf se sentó en un sofá delante de Antoinette. Rosine dio unas vueltas por la estancia; encendió los apliques de la chimenea y luego los apagó. Resplandecía de diamantes.

—Siéntate —dijo Kampf en voz baja—; es una tontería que te alteres así.

Rosine se colocó de tal manera que Antoinette, que había abierto los ojos y adelantado la cabeza hasta tocar

con la mejilla la madera del canapé, vio a su madre de pie delante de ella, y le sorprendió la expresión de aquel rostro autoritario, una expresión que no le conocía: una suerte de humildad, de celo, de espanto...

—Alfred, ¿tú crees que saldrá bien? —preguntó con una voz temblorosa de niña pequeña.

Alfred no tuvo tiempo de responder, pues un timbrazo resonó de pronto en todo el piso.

Rosine juntó las manos.

—¡Oh, Dios mío, ya empieza! —bisbiseó, como si se tratara de un temblor de tierra.

Los dos se lanzaron hacia la puerta del salón con los dos batientes abiertos.

Al cabo de un instante, Antoinette los vio regresar escoltando a la señorita Isabelle, que hablaba muy alto, con una voz diferente ella también, poco habitual, alta y aguda, con pequeñas carcajadas que punteaban sus frases como fuegos deartificio.

«Me había olvidado de esta», pensó Antoinette con espanto.

La señora Kampf, radiante ahora, hablaba sin parar; había recobrado su aspecto arrogante y alegre; guiñaba el ojo con malicia a su marido, señalándole furtivamente el vestido de la señorita Isabelle, en tul amarillo, y en torno a su largo cuello enjuto una boa de plumas que agitaba con ambas manos como el abanico de Celimena; del extremo de una cinta de terciopelo naranja que rodeaba su muñeca colgaban unos impertinentes de plata.

—¿No conocía usted esta habitación, Isabelle?

—No; es preciosa, ¿quién se la ha amoblado? ¡Oh!, qué encantadores estos jarroncitos de porcelana. Vaya, ¿a usted todavía le gusta el estilo japonés, Rosine? Yo siempre lo defiendo; el otro día precisamente les decía a los Bloch-Levy, los Salomón, ¿los conoce?, que criticaban este estilo por feo y por dar impresión de «nuevo rico» (según su expresión): «Ustedes dirán lo que quieran, pero es alegre, es vital, y además, aunque sea menos caro, por ejemplo, que el Luis XV, eso no es un defecto, al contrario...».

—Pero se equivoca usted por completo, Isabelle —protestó Rosine con viveza—. Lo chino antiguo y lo japonés alcanzan unos precios de locura. Este jarroncito con los pájaros, por ejemplo...

—Bastante moderno...

—Mi marido pagó diez mil francos por él en el *Hôtel Drouot*...

¿Qué digo, diez mil francos? Doce mil, ¿no es cierto, Alfred? ¡Oh!, le regañé, pero no por mucho tiempo; a mí también me encanta buscar y comprar objetos artísticos, es mi pasión.

Kampf dijo animadamente:

—Tomarán una copita de oporto, ¿verdad, señoras? Traiga —dijo a Georges, que entraba— tres copas de oporto Sandeman y unos emparedados, emparedados de caviar...

Como la señorita Isabelle se había alejado y examinaba, a través de sus impertinentes, un Buda dorado sobre un cojín de terciopelo, la señora Kampf resoplórápidamente.

—Unos emparedados, estás loco, ¡no me vas a estropear toda la mesa por ella! Georges, traiga unas galletas en el cestito de Sajonia, en el cestito de Sajonia, ¿me ha oído bien?

—Sí, señora.

Georges regresó en un instante con la bandeja y la garrafita de *Baccarat*. Los tres bebieron en silencio. Después la señora Kampf y la señorita Isabelle se sentaron en el canapé detrás del cual se ocultaba Antoinette. Adelantando la mano, habría podido tocar los zapatos plateados de su madre y los escarpines de raso amarillo de su profesora. Kampf se paseaba de un lado a otro lanzando miradas furtivas al reloj de pared.

—Y cuénteme, ¿a quién veremos esta noche? —preguntó la señorita Isabelle.

—¡Oh! —dijo Rosine—, algunas personas encantadoras, también algunos vejestorios, como la vieja marquesa de San Palacio, a quien debo devolver la cortesía; además, le gusta tanto venir a casa... La vi ayer, tenía que irse; me dijo: «Querida mía, he retrasado ocho

horas mi partida al Midi por su velada: se pasa tan bien en sucasa...».

—¡Ah!, ¿ha organizado ya otros bailes? —preguntó la señorita Isabelle, y apretó los labios.

—No, no —se apresuró a decir la señora Kampf—, simplemente algunos tés; no la he invitado porque sé que está usted tan ocupada durante el día...

—Sí, en efecto; además, el año que viene pienso también dar unos conciertos...

—¿En serio? ¡Qué excelente idea!

Callaron.

La señorita Isabelle examinó una vez más las paredes de la estancia.

—Encantadora, encantadora de verdad, con mucho gusto...

De nuevo se hizo el silencio. Las dos mujeres emitieron una tosecilla. Rosine se alisó el cabello. La señorita Isabelle se ajustó la falda minuciosamente.

—Qué buen tiempo hemos tenido estos días, ¿verdad?

Kampf intervino de pronto:

—Vamos, no podemos quedarnos así, con los brazos cruzados, ¿no? ¡Sí que tarda la gente, por eso! Porque en las tarjetas pusiste a las diez, ¿verdad, Rosine?

—Veo que me he adelantado mucho.

—Qué va, querida, ¿qué dice? Es una costumbre horrible la de llegar tan tarde, es deplorable...

—Propongo que bailemos —dijo Kampf dando una palmada jovialmente.

—¡Por supuesto, qué buena idea! Pueden empezar a tocar —exclamó la señora Kampf a la orquesta— un charlestón.

—¿Sabe bailar el charlestón, Isabelle?

—Claro que sí, un poco, como todo el mundo...

—Ah, pues no le faltarán acompañantes. El marqués de *Itcharra*, por ejemplo, el sobrino del embajador de

España, siempre gana todos los premios en *Deauville*, ¿verdad, Rosine? Mientras esperamos, abramos el baile...

Se alejaron, y la orquesta bramó en el salón desierto. Antoinette vio que su madre se levantaba, corría a la ventana y pegaba, «también ella», pensó la niña, el rostro a los cristales fríos. El reloj de pared dio las diez y media.

—Dios mío, Dios mío, pero ¿qué pretenden? —susurró la señora Kampf agitadamente—. Que el diablo se lleve a esta vieja loca —añadió, casi en voz alta, y al punto aplaudió y exclamó entre risas— ¡Ah!, estupendo, estupendo; no sabía que bailaba tan bien, Isabelle.

—Pero si baila como Joséphine Baker —afirmó Kampf desde el otro lado del salón.

Terminado el baile, el anfitrión dijo:

—Rosine, voy a llevar a Isabelle al bar, no se ponga celosa.

—Pero ¿usted no nos acompaña, querida?

—Un instante si me lo permite, tengo que dar unas órdenes a los criados y enseguida me reúno con ustedes...

—Voy a coquetear con Isabelle durante toda la velada, está avisada, Rosine.

La señora Kampf tuvo fuerzas para reírse y amenazarles con el dedo; pero no pronunció una palabra y, en cuanto se quedó sola, se pegó de nuevo a la ventana. Se oían los automóviles que subían por la avenida; algunos ralentizaban la marcha delante de la casa; entonces ella se inclinaba y devoraba con los ojos la oscura calle invernal, pero los automóviles se alejaban, se perdían entre las sombras. A medida que transcurría el tiempo, los automóviles eran cada vez más escasos y durante largos minutos no se oía ni un solo ruido en la avenida desierta, como en provincias; apenas el ruido del tranvía en la calle de al lado, y bocinazos distantes, suavizados, amortiguados por la distancia...

Rosine hacía rechinar las mandíbulas como presa de la fiebre. Once menos cuarto. Once menos diez. En el salón vacío, un pequeño reloj daba la hora con pequeños toques acuciantes, de timbre agudo y claro; el del comedor respondió, insistió, y al otro lado de la calle, el gran reloj del frontispicio de una iglesia tocaba lenta y gravemente, cada vez más fuerte a medida que desgranaba las horas.

—... nueve, diez, once —contó con desesperación, levantando al cielo los brazos llenos de diamantes—. Pero ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido, Jesús bendito?

Alfred regresó con Isabelle y los tres se miraron sin hablar.

La anfitriona rio con nerviosismo.

—Es un poco raro, ¿no? A menos que haya ocurrido algo...

—¡Oh! Querida mía, a menos que haya habido un terremoto dijo la invitada con tono triunfal.

Pero la señora Kampf no se rindió todavía. Jugueteando con sus perlas, pero con la voz ronca por la angustia, dijo:

—¡Oh!, no significa nada; imagínese, el otro día estaba en casa de mi amiga la condesa de *Brunelleschi* y los primeros invitados empezaron a llegar a las doce menos cuarto. Así que...

—Pues es bastante molesto para la señora de la casa, irritante —murmuró la señorita Isabelle con dulzura.

—¡Oh!, es... es una costumbre que hay que imitar, ¿no es así?

En aquel instante sonó el timbre. Alfred y Rosine se abalanzaron hacia la puerta.

—Toquen —ordenó Rosine a los músicos.

Ellos atacaron un *blues* briosamente. No aparecía nadie. Rosine no pudo soportarlo más. Interpeló:

—Georges, Georges, han llamado a la puerta, ¿no lo ha oído?

—Son los helados que traen de *chez* Rey.

La señora Kampf estalló:

—Les digo que ha ocurrido algo, un accidente, un malentendido, una confusión de fechas, de hora, ¡yo qué sé! Las once y diez, son las once y diez —repitió con desesperación.

—¿Las once y diez ya? —exclamó la señorita Isabelle—. Sí, ya lo creo, tiene usted razón, el tiempo pasa deprisa en

su casa, felicidades... Son y cuarto ya, creo, ¿lo oye?

—¡Bueno, pues no tardarán en llegar! —dijo Kampf con voz resonante.

De nuevo se sentaron; pero no dijeron nada más. Se oía a los criados riéndose a carcajadas en la antecocina.

—Ve y hazlos callar, Alfred —dijo finalmente Rosine con voz temblorosa de ira— ¡Ve!

A las once y media apareció lapianista.

—¿Tenemos que esperar más, señora?

—¡No, váyanse, váyanse todos! —exclamó ella bruscamente, a punto de precipitarse a una crisis nerviosa—. ¡Les pagamos y se van! No habrá baile, no habrá nada. ¡Es una afrenta, un insulto, una conspiración de nuestros enemigos para ridiculizarnos, para acabar conmigo! Si viene alguien ahora, no quiero verlo, ¿me oyen? —prosiguió con violencia creciente—. Les dicen que me he ido, que hay un enfermo en la casa, un muerto, ¡lo que quieran!

La señorita Isabelle se mostró solícita:

—Vamos, querida, no pierda la esperanza. No se atormente así, enfermará... Naturalmente, comprendo cuánto debe de estar sufriendo, querida, mi pobre amiga. ¡El mundo es tan malvado, por desgracia! Debería decirle usted alguna cosa, Alfred, mimarla, consolarla...

—¡Menuda comedia! —siseó Kampf entre dientes, con el semblante pálido—. ¿Quieren callarse de una vez?

—Vamos, Alfred, no grite. Al contrario, tiene que mimarla...

—¿Eh? ¡Si a ella le gusta hacer el ridículo!

Giró bruscamente sobre los talones e interpeló a los músicos:

—¿Qué hacen ustedes aquí todavía? ¿Cuánto se les debe? Y váyanse inmediatamente, por amor de Dios...

La señorita Isabelle recogió despacio su boa de plumas, sus impertinentes, su bolso.

—Será mejor que me retire, Alfred, a menos que pueda serles útil en lo que sea, mi pobre amigo...

Al ver que él no respondía, se inclinó, besó en la frente a Rosine, que permanecía inmóvil y ni siquiera lloraba, con los ojos fijos y secos.

—Adiós, querida, créame que estoy desolada, que lo siento muchísimo —musitó maquinalmente, como en el cementerio—. No, no; no me acompañe, Alfred, salgo, me voy, ya me he ido, llore a sus anchas, mi pobre amiga, desahóguese —soltó una vez más con todas sus fuerzas en medio del salón desierto.

Alfred y Rosine la oyeron decir a los criados, cuando cruzaba el comedor:

—Sobre todo, no hagan ruido; la señora está muy nerviosa, muy afectada.

Y, finalmente, el zumbido del ascensor y el golpe sordo de la puerta cochera al abrirse y volver acerrarse.

—Vieja pajarraca —murmuró Kampf—, si al menos...

No terminó. Rosine, puesta en pie de repente, con el rostro brillante de lágrimas, le mostró el puño gritando:

—¡Tú tienes la culpa, imbécil, por tu sucia vanidad, tu orgullo de pavo real, es cosa tuya!... ¡El señor quiere dar bailes! ¡Recibir! ¡Es para desternillarse de risa! ¡Por Dios! ¿Crees que la gente no sabe quién eres, de dónde sales? ¡Nuevo rico! ¡Te la han jugado bien, eh, tus amigos, tus queridos amigos, ladrones, estafadores!

—¡Y los tuyos, tus condes, tus marqueses, tus gigolós!

Continuaron gritándose un tropel de palabras desbocadas, violentas, que fluían como un torrente. Después Kampf, con los dientes apretados, dijo bajando la voz:

—¡Cuando te recogí, Dios sabe por dónde te habías arrastrado ya! ¡Crees que no sé nada, que no me daba cuenta de nada! Yo pensaba que eras guapa, inteligente, que si me hacía rico me honrarías... Buen negocio hice, desde luego, menuda con la que fui a dar, modales de verdulera, una solterona con modales de cocinera...

—Otros quedaron satisfechos...

—Lo dudo. Pero no me des detalles. Mañana lo lamentarías.

—¿Mañana? ¿Y tú te has creído que me quedaré una hora siquiera contigo después de todo lo que me has dicho?¡Animal!

—¡Vete! ¡Vete al diablo!

El señor Kampf salió dando portazos. Rosine lo llamó:

—¡Alfred, vuelve!

Y esperó, la cabeza vuelta hacia el salón, anhelante, pero él ya estaba lejos... Bajaba por la escalera. En la calle, su voz furiosa gritó un rato: «¡Taxi, taxi!», luego se alejó, se apagó a la vuelta de una esquina.

Los criados habían subido a su apartamento, dejando por todas partes las luces encendidas, las puertas golpeando... Rosine permaneció inmóvil, con su vestido brillante y sus perlas, hundida en un sofá.

De pronto hizo un movimiento colérico tan enérgico y repentino que Antoinette dio un respingo y, al retroceder, se golpeó la frente contra la pared. Se agachó

aún más, temblando; pero su madre no había oído nada. Se arrancaba los brazaletes uno tras otro y los arrojaba al suelo. Uno de ellos, pesado y hermoso, adornado enteramente con diamantes, rodó bajo el canapé y llegó a los pies de Antoinette. La niña lo miró como clavada en el sitio.

Vio el rostro de su madre, por el que resbalaban las lágrimas, mezclándose con los afeites, un rostro arrugado, crispado, enrojecido, infantil, cómico... conmovedor... Pero Antoinette no estaba conmovida, solo sentía una especie de desdén, de indiferencia despreciativa. Más adelante, comentaría a un hombre: «Oh, era una niña terrible, ¿sabe? Imagínese que una vez...». De pronto se sintió poseída por todo su futuro, sus jóvenes fuerzas intactas, su capacidad para pensar: «¿Cómo se puede llorar de esa manera por algo así?... ¿Y el amor? ¿Y la muerte? Un día morirá... ¿lo ha olvidado?».

¿Así que también las personas mayores sufrían por cosas fútiles y pasajeras? Y ella, Antoinette, les había tenido miedo, había temblado delante de ellos, de sus gritos, sus cóleras, sus amenazas vanas y absurdas...

Lentamente, se deslizó fuera de su escondite. Un instante más, disimulada entre las sombras, miró a su madre, que no sollozaba, sino que simplemente estaba acurrucada y las lágrimas le caían hasta la boca sin que ella las enjugara. Antoinette se levantó y se acercó.

—Mamá.

La señora Kampf dio un respingo en su asiento.

—¿Qué quieres, qué haces aquí? —exclamó con nerviosismo—. ¡Vete, vete enseguida! ¡Déjame en paz! ¡Ya no puedo estar ni un minuto tranquila en mi propia casa!

Antoinette, un poco pálida y la cabeza gacha, no se movió. Aquellos gritos resonaron en sus oídos, débiles y privados de su fuerza, como los truenos del teatro. Un día, muy pronto, diría a un hombre: «Mamá gritará, pero no importa...».

Extendió la mano despacio, la posó sobre los cabellos de su madre, los acarició con dedos ligeros y un poco temblorosos.

—Pobre mamá, va...

Un instante aún, Rosine se debatió como una autómata, la rechazó, sacudió el rostro convulso:

—Déjame, vete... déjame, te digo. —Entonces una expresión débil, vencida, lastimosa, se apoderó de sus facciones—. ¡Ah!, pobre hija mía, mi pobre Antoinette; tú sí que eres feliz; no sabes aún lo injusto que es el mundo, malvado, hipócrita... Toda esa gente que me sonreía, que me invitaba, se reía de mí a mis espaldas, me despreciaba, porque no pertenecía a su mundo, pandilla de pajarracos, de... ¡pero tú no puedes entenderlo, pobre hija mía! ¡Y tu padre!... ¡Ah! ¡Mira, solo te tengo a ti!... —terminó diciendo de pronto—. Solo te tengo a ti, mi pobre niña...

Estrechó a Antoinette entre sus brazos. Como la niña pegó el rostro mudo contra las perlas, su madre no la vio sonreír. Dijo:

—Eres una buena hija, Antoinette...

Fue un segundo, un destello inaprensible mientras se cruzaban «en el camino de la vida»; una iba a llegar, y la

otra a hundirse en la sombra. Pero ellas no lo sabían. Sin embargo, Antoinette repitió bajito:

—Pobre mamá...

París, 1928

“Apoyó la cabeza en la almohada húmeda de lágrimas y cerró los ojos; cierta molicie y relajada voluptuosidad distendió lentamente sus cansadas extremidades. Se tocó el cuerpo a través de la camisa de dormir, con dedos ligeros, suavemente, respetuosamente... Un buen cuerpo preparado para el amor...

Colección
Lima Lee

